

LLEGA A ESPAÑA GILLES LEGARDINIER,  
EL FENÓMENO QUE HA HECHO REÍR A MÁS  
DE **2 MILLONES DE LECTORES EN FRANCIA.**



GILLES LEGARDINIER

# DÍAS DE PERROS

Traducción de Juan Camargo

Título original: *Complètement cramé!*

© Fleuve Editions, département d'Univers Poche, Paris, 2012

© por la traducción, Juan Camargo, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: octubre de 2015

ISBN: 978-84-08-14654-4

Depósito legal: B. 20.710-2015

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Era de noche, hacía un poco de frío. En el corazón de Londres, delante del hotel Savoy, bajo el techo acristalado, un hombre de cierta edad vestido de esmoquin iba y venía mientras consultaba frenéticamente su teléfono móvil. El organizador de la velada que tenía lugar en el salón principal salió del vestíbulo y se le acercó, dejando escapar por la puerta giratoria el sonido de los metales de la orquesta, que interpretaba un tema de Cole Porter.

—¿Todavía no hay noticias del señor Blake? —preguntó.

—Estoy haciendo todo lo que puedo para contactar con él, pero no responde al teléfono. Deme un minuto más.

—Qué contrariedad. Espero que no le haya sucedido nada grave...

«¡Más le vale estar muerto! ¡Sería la única excusa aceptable!», pensó el hombre que estaba al teléfono.

En cuanto se marchó el organizador, marcó el número del domicilio de su más antiguo amigo. Al terminar el mensaje grabado del contestador, dijo con voz inexpresiva:

—Andrew, soy Richard. Si estás ahí, coge el teléfono, te lo suplico. Todo el mundo está esperándote. Ya no sé qué más decirles...

De repente, su compañero de batallas atendió la llamada.

—¿Dónde me está esperando todo el mundo?

—Bendito sea Dios, ¡estás ahí! No me digas que te has olvidado de la fiesta del Premio de Excelencia Industrial... Te avisé de que me las arreglaría para que te nominaran.

—Muy amable por tu parte, pero no estoy de humor.

—Andrew, no sólo te han nominado, sino que lo has ganado. Dicho sea por anticipado: te llevas el premio a casa.

—Qué emocionante. Y ¿qué se gana? Teniendo en cuenta la edad de los participantes, seguro que no es algo que se pueda comer con dentadura postiza. ¿Un enema? ¿Una laparoscopia?

—La verdad, no es momento para bromas. Vístete y vente para acá.

—Yo no voy a ninguna parte, Richard. Me acuerdo de que me hablaste de ese premio y también me acuerdo perfectamente de haberte dicho que no me interesaba.

—¿Te das cuenta de la situación en la que me estás poniendo?

—Una situación en la que te has metido tú solo, chiquitín. Yo no te lo pedí en absoluto. Imagínate que te encargo dos toneladas de ostras porque te quiero mucho y que luego te monto un número porque no te las comes...

—Ven aquí inmediatamente; si no, le diré a tu asistenta que practicas vudú y no volverá a poner un pie en tu casa en la vida.

Blake se rio descaradamente de su amigo.

—¡Debes de haberte metido en una buena para recurrir a esa clase de tonterías! Meterle miedo a la pobre Margaret... Hay que ver. Es como si yo te amenazara con denunciar a tu mujer a la Agencia de Protección del Buen Gusto por lo que les hacen en el pelo a ella y a vuestro caniche...

—No metas a Melissa en esto. No te rías, Andrew. Si no vienes, ya sabes de lo que soy capaz.

—¿Como la vez que quisiste denunciarme por el robo del mono de compañía de la señora Robertson? Siguió convencida hasta el día de su muerte de que te lo habías comido. De todas formas, Margaret no te creería. Le diré que te drogas. Si consigues que se vaya, te pago una semana en las Bahamas con tu mujer y esos pelos suyos.

—¡Que pares ya con el peinado de mi mujer! —exclamó enfa-

dado Ward—. ¡Ya basta, Andrew! He tenido que trabajármelo para que obtuvieras este premio, así que hazme el favor de venir a recogerlo, y rápido.

—Me encanta cuando me levantas la voz. Ya, desde muy jóvenes, fue esa parte fogosa tuya la que me atrajo de ti. Te estoy muy agradecido por desvivirte por mí, pero esta vez no cuentes con que has ganado ningún punto. No lo he hecho a traición. Te lo dije desde el principio. Esas fiestas son aburridas y los trofeos que se conceden esas personas pagadas de sí mismas no valen nada. No voy a ir. En cambio, si quieres pasarte a tomar una copa, te invito con mucho gusto, no tengo nada previsto para esta noche.

Ward estalló de rabia:

—Escúchame bien, Blake: si me dejas plantado, es posible que esto afecte a nuestra amistad.

—Después de todo este tiempo, mi querido Richard, si hubiéramos tenido que enfadarnos, habríamos contado con cientos de ocasiones para hacerlo. Con todas las veces que nos hemos pasado el uno con el otro y lo que nos hemos soportado...

En efecto, durante más de cinco décadas, Andrew Blake había hecho perder los nervios a su compañero de batallas, pero esa noche estaba superándose a sí mismo.

—Andrew, por favor...

—En el estado en el que me encuentro, sólo tú puedes devolverme un poco la alegría. No tienes más que explicarles que me he dado un golpe en la cabeza y que ya ni siquiera me acuerdo de mi nombre. Para amenizar la velada, cuéntales que me creo Bob Esponja y que, con un último destello de lucidez, te he suplicado que vayas a recibir el premio por mí. Hasta puedes quedártelo.

El organizador salió de nuevo del hotel para volver a la carga. Antes de que estuviera demasiado cerca, Ward le susurró a su amigo:

—Colega, te prometo que ésta me la pagarás.

—Ya se encarga la vida de vengarte, amigo mío. Un abrazo fuerte para ti también.

Richard Ward colgó y adoptó un gesto afectado para anunciarle:

—Andrew Blake acaba de ser hospitalizado de urgencia.

—¡Dios mío!

—No parece estar en peligro de muerte. Si le sirve de algo, puedo recoger el premio en su nombre. Sé que lamentará profundamente haberle estropeado la velada...

Sentado frente a su escritorio, Andrew Blake bajó la pantalla de su ordenador portátil y cerró los ojos. Lentamente, concentrado en su tacto como lo haría un ciego, deslizó las manos bien abiertas a cada lado de la máquina, acariciando la superficie pulida de la madera. Su padre había trabajado en esa mesa antes que él. En aquella época, no había ni informática ni balances mensuales. Eran otros tiempos.

Con los párpados todavía cerrados, Andrew pasó los dedos por el borde redondeado del tablero de roble desgastado, acarició los largueros de los flancos y los tiradores de latón de los cajones. La tibieza de la madera, la frescura del metal. Tantas sensaciones, tantos recuerdos. Sólo llevaba a cabo ese ritual cuando se sentía muy mal, muy hartó. Esa noche era el caso. De la pequeña empresa que había heredado, ese elemento del mobiliario era el único vestigio que permanecía intacto. Todo lo demás había cambiado con el paso del tiempo: el emplazamiento, el volumen de negocios, las máquinas, la decoración, las personas, él. La evolución era tal que, a menudo, Andrew ya no reconocía aquello a lo que le había consagrado la mayor parte de su vida.

Sin abrir los ojos todavía, tiró del último cajón de abajo, a la derecha, y aventuró los dedos por el interior. Reconoció a tientas la enorme grapadora que tanto le costaba levantar cuando era niño, tres libretas usadas, un mechero, un pisapapeles de bronce regalado por sus empleados. Tantas reliquias que le permitían, no recor-



dar, sino trasladarse realmente a los tiempos en que la vida era más simple, cuando todo no dependía de él, cuando no era el mayor. Al acariciar esos objetos cotidianos, lograba recrear el mundo que existía antaño a su alrededor, del antiguo timbre del teléfono a los olores a grasa y a chapa caliente que ascendían del taller vecino. Volvía a su memoria la voz de su padre, con su manera de hablar rápida, grave, tan cercana. ¿Qué habría pensado en ese momento de la situación de su hijo? ¿Qué consejo le habría dado? Con los años, Andrew se había convertido a su vez en el señor Blake. Abrió los ojos y volvió a cerrar el cajón.

Desde hacía ya mucho tiempo, era sensible a esas cosas que se hacen por última vez, a menudo sin darse cuenta siquiera. Un acontecimiento en concreto lo había hecho consciente de ello: la última cena con su padre, una simple comida al final de la cual su madre los había apremiado, riéndose, a acabarse sus platos porque no quería perderse su película de la tele. ¿De qué habían hablado? De todo, de nada. Habían charlado con la despreocupación de aquellos que creen que siempre podrán decirse más cosas al día siguiente. Una rotura de aneurisma ocurrido la misma noche había decidido lo contrario. Y aquel momento tan trivial se había vuelto esencial, definitivo. Esa noche había tenido lugar casi cuarenta años antes y, no obstante, cuando volvía a pensar en ella, Andrew seguía notando el mismo dolor en la boca del estómago, la misma sensación de vértigo, como si el suelo se hundiera bajo sus pies. Desde entonces, tenía miedo de que la vida le quitara las cosas que quería. Peor aún, seguía temiendo ver cómo se llevaba a las personas que amaba. Había concebido una filosofía íntima a partir de ello: disfrutar de todo en cada instante, porque, al siguiente, todo puede desmoronarse.

Pero el miedo no evita el peligro, y ese sentimiento no había impedido que la desgracia golpeará de nuevo. Más adelante había vivido muchas otras últimas veces: su mujer, Diane, riéndose en su hombro cuando la estrechaba todavía viva entre sus brazos (era un jueves a mediodía). Su hija, Sarah, al pedirle que le contara una his-

toria antes de dormirse (un martes por la noche). Su último partido de tenis. La última vez que vieron una película los tres juntos. El último análisis de sangre cuyos resultados leyó con desenfado. La lista era interminable y se alargaba cada día. Todas esas cosas, esenciales o anodinas, que pasan antes de que hayamos apreciado realmente su valor, hasta encontrarlas acumuladas en el platillo de la balanza que, de repente, se inclina hacia el lado malo.

Cuando estaba cansado, Andrew experimentaba la odiosa sensación de que dejaba su vida atrás, de que no sobrevivía ya más que para cumplir con unas obligaciones al servicio de un mundo cuyos valores no aprobaba. Sus sueños se removían en su tumba y no iba a tardar en reunirse con ellos.

Estiró la mano hacia el sobre grande que semanas antes había preparado metódicamente y en secreto. Papeles, siempre papeles. No lo abrió. Pensó en sus decisiones y en lo que implicaban. Una a una, volvió a valorarlas sin lamentarse de ninguna. Alguien llamó a su puerta. De forma precipitada, metió el sobre en el primer cajón.

—¡Entre!

Apareció un hombre joven con traje.

—Disculpe, señor Blake. Me gustaría decirle un par de cosas.

—¿Nuestras cuatro horas de reunión no le han bastado, señor Addinson?

—Siento que haya reaccionado tan mal a nuestras propuestas. Debería reflexionar usted.

Si hubiera sido un joven guepardo, Blake le habría saltado encima para destrozarlo, pero era un viejo león. No hizo más que mostrar una breve risa forzada.

—¿Reflexionar? Creo que aún consigo hacerlo bastante bien, y, por cierto, ésa es sin duda la razón por la que sus «propuestas» me ponen los pelos de punta.

—Es por el bien de la empresa...

—¿Está seguro? No me busque, Addinson. Usted y sus compinches ya me han irritado bastante por hoy.

—Pero si hacemos todo lo que podemos, por el interés de todos...

—¿El interés de todos? ¿Para quiénes trabaja, señor Addinson? ¿Qué les han enseñado en esas facultades de las que salen con la impresión de saberlo todo? Les toman el pelo absolutamente a los clientes para quienes trabajamos. Su credo es vender más aunque la gente no lo necesite, producir al menor coste aunque haya que hacerlo a costa de aquellos que hacen funcionar las fábricas antes de explorar otras posibilidades para mejorar..., o empeorar, según se mire.

—Está siendo muy duro.

—Me traen sin cuidado sus opiniones. Cuando usted no era todavía más que un vago proyecto en la cabeza de sus padres, yo ya dirigía esta empresa. Empecé a aprender mi oficio barriendo la fábrica. Conocía a cada empleado, el nombre de su mujer y de sus hijos, a los cuales he visto crecer. ¿Me toma por un viejo estúpido? ¿Este discurso le parece pasadista y paternalista? Me da igual. El jefe soy yo, y usted es mi empleado.

—El mundo está cambiando, señor Blake. Hay que adaptarse.

—Adaptarse a sistemas perversos pensados por gente como usted. Usted y los suyos no trabajan más que para sí mismos. Y permítame decirle que un día serán víctimas de sus propios excesos. Seguramente, Addinson, no sea usted un imbécil, pero no es la inteligencia lo que indica la valía de un hombre, sino la forma en que éste la emplea.

—Sus grandes ideales no salvarán nuestra empresa, señor Blake.

—Sus pequeños ideales la hundirán. Y no se olvide de que es *mi* empresa. Desde hace más de sesenta años, fabricamos cajas metálicas. Nuestros clientes valoran nuestros productos porque son sólidos y funcionales. Puede que tengan menos *glamour* que esas porquerías de plástico verde fosforito que se ponen de moda durante unas semanas pero son útiles. Servimos para algo, señor Addinson.

¡Hay gente que cuenta con nosotros! Ni siquiera sé si comprende usted ese concepto... Así que, a pesar de sus confusas teorías, no disminuiré el grosor de nuestro metal para aumentar la tasa de reposición. No deslocalizaremos nuestras fábricas para aprovecharnos de mano de obra explotada. ¡Hagamos nuestro trabajo! Lo que me lleva a preguntarle, señor Addinson: ¿cuál es el suyo? ¿Optimizar? ¿Ejecutar? ¿Transversalizar los mercados? ¿Aprovechar las oportunidades? Palabras... Una jerigonza pretenciosa para darse importancia.

—Sin nosotros, usted no vendería...

—¿Usted cree? Pues lo hemos hecho durante medio siglo. Ingenualmente, creo que las cosas útiles se venden sin problema y que son las futilidades que produce nuestra época las que necesitan ser encasquetadas sea como sea. Pero para volver al tema que nos ocupa, no voy a dejar que se afile los colmillos de lobo joven con mi empresa.

—No va a tener otra opción, señor Blake. No estoy solo. Los bancos están de acuerdo conmigo.

—¿Es una amenaza?

—Vengo a usted en son de paz y me insulta.

—Viene usted a desafiarme y yo le respondo. Ahora váyase. Ya le he aguantado bastante por hoy. Aunque, de todas formas, quiero agradecerse, Addinson: si tenía alguna duda sobre qué hacer, acaba usted de convencerme.

—¿Qué quiere decir?

—Va a comprobar que yo también puedo llevar a cabo innovaciones... Salga.